

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

EL MANANTIAL
Sévres, 10 de abril de 1966

La página del Maestro Petar Dunov, que os acabo de leer, contiene una idea muy importante sobre la que quisiera insistir. Dice: «Si eres un manantial, cantarás y te oirán en la lejanía, estarás vivo, manarás; pero si eres una cisterna, permanecerás solo, sereno y tranquilo. La vida de la cisterna es bella, pero más bella es la vida del manantial. El manantial brota sin cesar, riega las hierbas, los árboles y apaga la sed del cansado viajero».

Muchas veces os he hablado del manantial, y no solamente del pequeño manantial de las montañas sino de un manantial mucho más poderoso, del manantial único: el sol. Pero yo no he contrapuesto la imagen de la cisterna a la del manantial; he tomado una imagen mucho peor que ésta: la de la ciénaga, porque en una cisterna hay, a pesar de todo, agua limpia, potable, mientras que el agua de la ciénaga está llena de suciedades y no se puede beber. Si profundizáis en el contenido de estas dos imágenes, la ciénaga y el manantial, y en su significado mágico, comprenderéis muchas cosas.

Cuando observo a los humanos, me doy cuenta, por sus razonamientos y sus actitudes, de que nunca se han preocupado del manantial, de este punto que vibra, que brota, que proyecta. Dirán: «Pero, ¿puede acaso reportarnos algo el tomar en consideración esta imagen del manantial?» Quizá sean eruditos, pero no han visto lo esencial; no han visto que toda la orientación de su existencia y de sus actos depende únicamente de la imagen que hayan puesto en su cabeza: de si han escogido imágenes muertas, como la ciénaga, o bien imágenes vivas, nacies, como el manantial, como el sol. Todo está en eso. Con las observaciones que hago todos los días, descubro que todo depende de la elección que el hombre haga, desde el punto de vista simbólico, entre el manantial y la ciénaga; esta elección revela su comprensión de la vida.

A menudo oímos que la gente se queja de que todo le va mal. Y, ¿por qué le va mal? Porque no han comprendido que, en su intelecto, en su alma, tenían que haber puesto, en primer lugar, lo más puro y divino: el manantial, para que este manantial, al manar, les limpiase y purificase e hiciera crecer todas sus simientes. En sus pensamientos, en sus deseos, no sienten esta preocupación esencial de un centro, de un manantial, de un sol, de un espíritu, de un amor. Se han detenido en pequeñas cosas insignificantes y no pueden comprender, no quieren entender. Chapotean continuamente en aguas estancadas y polucionadas en las que pululan todo tipo de bichos, y se mofan incluso de esta filosofía de los Iniciados que siempre insisten en la importancia mágica de la conexión con el manantial. ¿Cómo pueden imaginarse que les va a ayudar lo que se pudre, lo que enmohece y separa?

Algunos se preguntan por qué vamos a la salida del sol... Se trata de algo simbólico; es para llegar a comprender que en todos los planos de la vida tenemos que conectarnos con el sol, es decir, con el manantial. ¡Pero tratad de convencer a todas estas personas «inteligentes» de que vayan a la salida del sol! Siempre van hacia lo que está muerto, estancado, polucionado y después, cuando les llegan las desgracias, se preguntan por qué. Pues porque retienen impurezas dentro de ellos, porque no han tomado el manantial como ejemplo. En la primera conferencia que hice aquí en Francia, hablé del manantial, pero muy pocos comprendieron por qué. Empecé con el manantial, y después este manantial nunca ha dejado de manar.

A veces he preguntado a alguien: «¿Ha visto Ud. un manantial? ¿Puede decirme lo que sucede junto a un manantial?» Me ha contestado: «¡Sí, claro!» Y, sin embargo, en realidad, no lo ha observado bien... Por eso pregunto: «¿qué hay allí, alrededor del manantial? - Plantas, vegetación - ¿Y después? - Insectos, pájaros, animales. - ¿Y qué más? - También se han instalado hombres. - Bien. Y ahora, ¿ha observado lo que sucede cuando el manantial se seca? Primero desaparece la hierba, después los animales, y después los hombres. Los árboles son los últimos que desaparecen. ¿Ha comprendido verdaderamente todo esto? - Desde luego, es algo muy simple. - Y, ¿por qué entonces ha dejado que se seque su manantial? - ¿Qué manantial? No lo entiendo...

Ved como no lo entienden. Siempre creen que comprenden, pero se trata tan sólo de una apariencia. Entonces yo digo: «Hablo del manantial que tiene Ud. dentro. ¿Por qué ha dejado que se seque? - Pero ¿qué

manantial? Yo no he dejado secar ningún manantial. - Sí, Ud. ha dejado secar su manantial: ya no tiene amor. Alguien le ha vejado un poco, le ha perjudicado, le ha robado, o le ha engañado, y Ud. ha dicho: «¡Se acabó! Ya no seré generoso, ni bueno, ni caritativo, no vale la pena. Los hombres no se lo merecen». Y ahora, su manantial ya no mana. Evidentemente, nadie vendrá ya a engañarle ni a perjudicarlo y piensa que así ha ganado algo; pero en realidad Ud. lo ha perdido todo. Tenía que seguir dejándose engañar si era necesario, ¡pero no dejar que el manantial se secase! Alguien le vejó, le engañó, le robó, pero todo eso no es nada en comparación con la bendición que supone el tener en Ud. un manantial que mana, ya que este manantial le da todo, le limpia, le restablece.»

Los humanos tienen necesidad de esta filosofía, que es la más maravillosa, la más verídica: la filosofía del manantial... Porque alguien ha sido herido, deja de amar, y entonces, se acabó, ya está muerto. Y, ¿qué es lo que ha ganado? ¿La muerte? ... ¡Es formidable la manera de razonar de los humanos! ¿Y ellos son los que me tienen que instruir? Pero ¿qué aprendería? Más bien iré junto a un manantial, me quedaré durante horas enteras escuchándole, mirándole, tocándole, hablándole, y luego pensaré en este otro manantial, el sol, y en todos los manantiales del universo, hasta llegar al manantial verdadero, que es Dios mismo, y trataré de conectarme con él para comprender, por fin, lo esencial. Diréis: «Pero ¿qué es lo que se puede comprender junto a un manantial?» ... Todo.

Hace años leí «Siddhartha» de Herman Hesse. Seguramente conocéis este libro; se trata de la historia de un joven brahmán, Siddhartha, el cual, después de haber vivido durante mucho tiempo practicando la oración, el estudio y la meditación, se hundió en el desenfreno y los placeres. Pero, un día, desesperado y asqueado de sí mismo, llega a la orilla de un río. Y, viviendo junto a este río, escuchándole, mirándole, va comprendiendo poco a poco todo aquello que había tratado de descubrir durante su existencia errante, todos los misterios de la vida y de la muerte. Sí, el río le instrúa.

Muchos hombres se instruyen en la naturaleza, junto a los manantiales, las rocas, los lagos, los árboles, las montañas, contemplando las estrellas o escuchando el viento. Los druidas, que contaban con grandes Iniciados, vivían en una armonía tal con las fuerzas cósmicas que, a través del alma colectiva de los árboles, de las piedras, de los pájaros y de los animales, recibían revelaciones sobre la naturaleza, sus propiedades y sus virtudes.

Debéis comprender el lado mágico de esta imagen del manantial, a fin de basar toda vuestra vida en este único manantial que es Dios, y cuyo más perfecto representante en la tierra es el sol. Toda vuestra vida debéis trabajar con esta imagen; imitar a este manantial, el sol, con el fin de observar a todas las criaturas, de darles calor, de vivificarlas, de resucitarlas. Diréis: «Pero esto es imposible, irrealizable... ¡incluso estúpido!» Si pensáis así es que no habéis comprendido nada. Lo importante no es que vuestro ideal sea o no realizable; lo importante es que, al hacer este trabajo interior, conseguís en primer lugar grandes transformaciones en vosotros mismos. El sol es inmensamente grande, y no podemos llegar a ser tan grandes y poderosos como él; pero, en su terreno, el hombre puede también llegar a ser un sol. En vez de tomar siempre, de ser como un agujero, como un abismo, como una ciénaga, y de introducir en todas partes la separatividad, puede dar, puede purificar, vivificar. En realidad, este ideal es realizable, pero, por lo menos, hay que querer estudiar, experimentar y verificar que es realizable.

Desgraciadamente observo que, incluso en la Fraternidad, algunos hermanos y hermanas no han comprendido el lado mágico del manantial, el poder del manantial, la ciencia extraordinaria que representa el manantial. Porque si lo hubiesen comprendido, con el tiempo que hace que vengo hablando de ello, habrían aprendido a emanar de sí mismos algo puro y vivo. Pero continúan mostrándose sombríos, apagados, cerrados, crispados; no han comprendido, pues, gran cosa de esta Enseñanza. Siempre quieren arreglar sus asuntos con los medios y los métodos de la ciénaga... ¡Pero una ciénaga no puede arreglar nada! Solo es buena para los renacuajos y para todos los bichos que se mueven en el agua.

En esta agua que nunca se renueva, los pobres habitantes de la ciénaga se ven obligados a respirar y a engullir todos los desperdicios inmundos y esto es lo que, desgraciadamente, sucede con los humanos. Una gran ciudad, e incluso el mundo, no son más que una ciénaga. Todos los humanos que se mueven dentro se ven obligados a absorber sus propios excrementos. Aquellos que saben cómo salir, toman, de vez en cuando, un sorbo de pureza; pero los demás se dejan intoxicar, ahogar, envenenar. La atmósfera de una ciudad no es más que una ciénaga, y si fueseis clarividentes, veríais cómo los humanos se envían suciedades, se comen entre sí, y no saben cómo escapar a todo eso, ni siquiera por unos minutos. ¡Y luego, se burlan de nuestra filosofía solar!... Pues bien, ¡tanto peor para ellos! ¡que sigan en su ciénaga! ¿Qué queréis que os diga? Un día acabarán por comprender.

El Maestro Petar Dunov tomó la imagen de la ciénaga, y se trata de un ejemplo tan claro que cualquiera lo puede comprender. Y también la del manantial, la del sol...

Y ahora, ¿qué conclusión podéis sacar de lo que acabo de deciros? La de que todos los malentendidos, todas las desgracias, todos los sufrimientos provienen de que el hombre no está conectado con el Cielo, con el manantial, o que cuando lo está es sólo durante dos o tres minutos, y después, todo se corta, y de nuevo se conecta... con una ciénaga. No quiero molestaros, así que digamos que hablo en general... En vez de estar conectados con este manantial que purifica, que cura, que ilumina, la mayoría de los humanos se unen, no con una cisterna sino con una ciénaga (esta ciénaga puede ser, por lo demás, un hombre, o una mujer, o un grupo de individuos), y de ella beben. Prefieren esta ciénaga al manantial porque tienen miedo de la opinión de la ciénaga. ¿Qué dirán los renacuajos que se mueven allí dentro? Si acaso se pronunciasen sobre su caso, ¿qué sería de ellos?

Os muestro el camino, a vosotros os toca decidiros. No estoy aquí para agradaros y me veo obligado a deciros la verdad. Bien sé que eso no es agradable, pero si mis palabras os apenan, debéis saber que, si no digo nada, un día estaréis dos veces, tres veces, o cien veces más apenados. Porque, con la ignorancia, las penas aparecerán por todas partes. Mientras que, si tenéis las cosas claras, si estáis instruidos, podéis, por lo menos, escapar por la «escalera de servicio», y vuestros enemigos se irán con las manos vacías.

Reflexionad, pues, sobre estas dos imágenes del manantial y de la ciénaga. Cuando tengáis por fin, el deseo de amar, de sacrificaros, de ayudar a los demás y de dar, en vez de tomar, es señal de que el manantial fluye. Y, cuando fluye, las flores y los árboles crecen y los pájaros cantan, es decir, que unos espíritus magníficos vienen a aposentarse en vosotros, en vuestro cerebro, en vuestro corazón, en vuestra voluntad, porque son alimentados; el manantial los alimenta. Entonces os enriquecéis, sois semejantes a una comarca floreciente con un gran pueblo y una gran civilización. Sí, porque el manantial fluye. Este es el lado simbólico que hay que llegar a comprender.

Nadie acepta quedarse junto a un manantial seco. Cuando el manantial deja de fluir en el hombre ya no hay creación, ni poesía, ni música, ni alegría, ni nada; todo está vacío, desierto, porque ya no hay agua, ni amor. Y precisamente, por todo el mundo, no se ve otra cosa que

desiertos que deambulan... Así se explica el estado miserable de los hombres, su desamparo, el vacío que hay en ellos. Quizá sean muy inteligentes, pero han dejado secar su manantial porque nunca han pensado en dar, en irradiar, en amar. Cuando veo, a veces, a alguien cuyo manantial se ha secado, o que nunca ha fluido siquiera, sé que su destino será miserable. ¿Por qué? Porque nada vendrá a aposentarse en él, ningún ángel, ningún espíritu, ninguna belleza, ningún esplendor, ¡nada!

¡Bienaventurados los que hayan comprendido y que se decidan a cambiar! Para ellos, hoy todo quedará explicado, ya que estas dos imágenes, la de la ciénaga y la del manantial, bastan para explicarlo todo. Si estáis estancados, si lo hacéis todo sin entusiasmo, sin inspiración, sin alegría, sabed que habéis dejado secar el manantial que tenía que fluir en vosotros. Pero no os habéis dado cuenta y estáis criticando continuamente a los demás... No, dejad tranquilos a los demás y abrid vuestro manantial, limpiadlo y el agua brotará. Brotará porque cada criatura ha nacido para ser un manantial. Sí, cuando el Señor envió al hombre a la tierra, le preparó para ser un manantial; pero el hombre ha dejado que se acumularan en él tantas impurezas que su manantial se ha secado; por eso es un desierto, está vacío. Y no hay nada peor que el vacío, nada peor que estar en el desierto, que ser un desierto.

¿Empezáis ya a comprender esta imagen del manantial? El manantial es la vida, es el amor, es todopoderoso, es el que hace nacer todas las inspiraciones, todas las alegrías. No existe mayor verdad. Bien sé que, a pesar de todas las verdades que estáis oyendo desde hace años, muchos de vosotros estáis sumidos en un triste estado; pero ello se debe a que no habéis elaborado ningún método de trabajo. Se les diga lo que se les diga, cualesquiera que sean las verdades que se les den, no pueden transformar su desierto, no anotan nada, no retienen nada. Si, por lo menos, inscribiesen una verdad, y la pusieran todos los días ante sus ojos para verla, ¡para estar, por fin, en contacto con ella!... Pero no, una hora después todo se ha borrado. Por eso, tales criaturas están predestinadas a vivir eternamente en el desierto. Y es por su culpa, porque, aunque se les diga qué es lo que tienen que hacer para abrirse, no lo comprenden, no retienen nada.

Ya sé que os he hablado muchas veces del manantial, pero tenéis necesidad de que os repitan varias veces las mismas cosas. El sol salió ayer, pero eso era para ayer y hoy tiene que salir de nuevo. El agua que fluye es siempre la misma en apariencia, y, sin embargo, siempre es nueva. Por eso, desde hace años os repito: «¡Pensad todos los días en hacer brotar vuestro

manantial!... Abridlo, limpiadlo, y os convertiréis en una tierra tan fértil que hasta los reyes vendrán a degustar los frutos de vuestro jardín.» Pero tengo todavía que repetir y repetir. Desde hace tantos años, ¿por qué no habéis plantado nada, ni cosechado nada, si poseéis en vosotros mismos un terreno de una riqueza increíble? Vuestro cerebro, ¿qué es? Es la mejor tierra, y esta tierra es, precisamente, la que debéis cultivar, la que debéis sembrar y regar.

Fijaos en el manantial, en el verdadero manantial, el sol. Aunque sea algo inmenso, en apariencia irrealizable, tened como ideal el pareceros a él, y, dentro de algunos años, quizá exteriormente continuéis siendo los mismos, pero interiormente seréis verdaderamente un sol:

«Tened el corazón puro como el cristal,

El intelecto luminoso como el sol,

El alma vasta como el universo,

Y el espíritu poderoso como Dios y unido a Dios.»

Conocéis esta fórmula del Maestro Petar Dunov, pero también ella se ha quedado dormida entre vuestros papeles. Pensáis que es imposible que el hombre llegue a ser vasto como el universo, pero ¿qué sabéis sobre ello? Un Iniciado sabe volverse tan vasto que los clarividentes pueden verle por toda la tierra, en los árboles, en los lagos, en las montañas; le ven porque está allí para hacer un trabajo. Sí, el ser humano puede estar en todas partes, pero debe pensar, por lo menos, que ello es posible. Los grandes Iniciados poseen una fórmula gracias a la cual pueden ensancharse inmensamente para participar en el trabajo de la Inteligencia cósmica, penetrar hasta las entrañas de la tierra, en los océanos y en los aires. Físicamente, continúan siendo los mismos, pero con su espíritu participan en todos los trabajos que se hacen en el universo.

Un día, cuando los humanos empiecen a estudiar, comprenderán que las posibilidades del espíritu son infinitas, ilimitadas. De momento no lo pueden comprender, porque no les interesa. Se han limitado ellos mismos voluntariamente y no osan franquear ciertos límites. Puesto que sus padres, sus abuelos, sus tatarabuelos pensaban de una cierta manera, ¿por qué tendrían ellos que ir más lejos? Es el hombre mismo el que se limita, el que se debilita, el que quiere seguir siendo pequeño y miserable; nadie podrá convencerme de lo contrario. Diréis: «No es así, desea... desea...» Sí, en apariencia, pero profundamente, en sus conceptos y en sus creencias, el

hombre no osa creer que puede llegar a ser grande; desea, pero no basta con desear.

Meditad pues de ahora en adelante, mis queridos hermanos y hermanas, en esta imagen del manantial que alimenta y sacia a todo el universo.

* * *

